

DE MARAVILLOSOS HOMBRES Y POBRES MONOS

ANÁLISIS DEL FENÓMENO ANTROPOCENTRISTA EN LA BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA SOBRE ORÍGENES HUMANOS

M^a Ángeles Querol*

RESUMEN.- En la abundantísima bibliografía sobre orígenes humanos, tanto desde el evolucionismo como desde el creacionismo, es posible rastrear las bases de muchas de las características ideológicas propias de la sociedad occidental. Una de ellas, el antropocentrismo o superioridad de los hombres –blancos y occidentales– se analiza en este artículo buscando sus raíces, desde 1870 hasta el presente, primero en el Génesis –el “rey de la creación”– y luego en dos de las explicaciones evolucionistas más modernas: la aparición del lenguaje complejo y la separación taxonómica entre póngidos y homínidos.

On wonderful men and faulty monkeys. An analysis of anthropocentrism in the Spanish literature on human origins.

ABSTRACT.- The basis are traced down of many of the ideological characteristics proper to the occidental society in the very abundant bibliography about human origins, no matter if it comes from the evolutionist or the creationist point of view. This article analyzes the roots of one of these characteristics, anthropocentrism or superiority of –occidental and white– men, from 1870 until now, first in the Genesis –“king of creation”– then in two of the more modern evolutionist explanations: the apparition of complex language and the taxonomic differentiation between pongidae and hominidae.

PALABRAS CLAVE: Orígenes humanos, Evolucionismo, Creacionismo, Lenguaje, Antropocentrismo, Historiografía.

KEY WORDS: Human Origins, Evolutionism, Creationism, Language, Anthropocentrism, Historiography.

1. PRESENTACIÓN

En Querol (2001) intenté demostrar que las explicaciones sobre los orígenes humanos, tanto desde el creacionismo como desde el evolucionismo, han jugado un importante papel en la construcción de las bases ideológicas de la sociedad capitalista occidental, y que la naturaleza profunda de esas explicaciones apenas se ha modificado con el paso de las décadas, aunque sí lo hayan hecho, y en gran medida, los sistemas analíticos.

En este artículo, en el que utilizo material historiográfico recopilado para la confección del citado libro, voy a centrarme en una de esas explicaciones básicas: la idea de la absoluta superioridad del hombre –del hombre/varón, blanco, occidental y contemporáneo, no del hombre/mujer, que entre otras cosas, no existe– por encima de cualquier otro ser orgánico o inorgánico de nuestro planeta.

La mayor responsabilidad en el mantenimiento a ultranza de este paradigma debe atribuirse al Génesis y a su interpretación occidental judeo-cristiana: el hombre –Adán, no Eva– es el *rey de la creación*, y como tal ha de dominar sobre todas las criaturas, idea que se repetirá hasta la saciedad en los textos escolares y universitarios de nuestro país a todo lo largo de los 130 años revisados –desde 1870 hasta el presente–.

La introducción de las ideas evolucionistas fue muy lenta en España, debido a una buena cantidad de características sociales y educativas que han sido revisadas en varias ocasiones (ver, p.e. Núñez 1969 o Glick 1982). A pesar de esa lentitud, resulta fácil constatar, desde las primeras décadas de la etapa analizada, que el discurso bíblico, por vez primera en su historia, se ve en la necesidad de justificarse y resaltarse con el fin de defenderse frente a los ataques del evolucionismo; para ello utiliza sobre todo dos trucos. Uno es elevar hasta la exageración las características físicas y

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid.

psíquicas del hombre para demostrar así que no puede proceder por evolución, sino que ha tenido que ser creado por un ser superior; otro es denigrar la imagen de los monos, animales muy poco conocidos hasta los años 70 del siglo XX, y que muy probablemente constituyen el grupo zoológico más insultado y odiado por la conservadora sociedad española.

Pero no sólo los monos se convertirán en el objetivo de los insultos destinados a elevar, por contraste, la figura del hombre. También todos y cada uno de los descubrimientos fósiles humanos o para-humanos que se van sucediendo en estos 130 años y que la más reacia oposición al evolucionismo va tachando de “no-humanos”, colocando en ramas abortadas del árbol genealógico o haciéndoles indignos de poseer cultura —es decir, y siguiendo el reduccionismo propio de la Prehistoria, piedras talladas—.

Cuando por fin, a partir de los años 70 del siglo XX, en nuestro país se asuma con aparente tranquilidad el evolucionismo para explicar los orígenes humanos, el paradigma de la superioridad del hombre no va a ser olvidado. Ahora ya los textos universitarios y los libros de divulgación, procedentes sobre todo de los EEUU, no van a utilizar *reyes de la creación* ni baterías de insultos contra los monos, sino que emplearán sistemas más sofisticados, a veces subliminales, para que el hombre pueda seguir siendo único y diferente frente a *los otros*: por supuesto el tamaño del cerebro, pero también la disposición de las piezas dentarias, la forma de la cara, de las manos o de los pies, la proporción entre los miembros anteriores y los posteriores, el modelo de rotulación de la rodilla, la posibilidad de comunicar ideas complejas por medio de un lenguaje articulado y, sobre todo en la última década, cuestiones relacionadas con el comportamiento social y con los caracteres genéticos. De todos estos aspectos de la modernidad evolutiva, voy a centrarme en este artículo en dos de los que más han sido objeto de desarrollo en los textos analizados, tanto escolares como universitarios como de divulgación: el lenguaje articulado y una cuestión de fechas: el tiempo que hace que nos separamos del antecesor común a póngidos y a homínidos.

De acuerdo con todo ello, presentaré en este artículo muchas citas que nos muestran la profundidad y la “seriedad” que llegó a alcanzar —y alcanza aún en muchos contextos— el paradigma antropocéntrico. Y lo haré desde un lugar de esa periferia tan peligrosa para los paradigmas, un lugar que se llama feminismo.

2. EL GÉNESIS COMO INICIO DEL PARADIGMA: APARECE EL “REY DE LA CREACIÓN”

La cultura cristiana, apoyada en el texto bíblico, establece que Dios creó al hombre a su imagen y se-

mejanza y que lo nombró *rey de la creación*; esta expresión es la que vamos a encontrar en la inmensa mayoría de los textos escolares sobre Historia Universal e Historia Natural hasta los años 30 del siglo XX, y en Historia Sagrada, Religión o Catecismo, hasta el presente. Sin embargo, donde no la encontramos es en la propia Biblia, porque literalmente no consta: se trata de una deducción —muy oportuna desde luego— de las palabras del Génesis.

Veamos, en primer lugar, estas palabras. Utilizaré la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, de 1995, en versión directa de las lenguas originales, realizada por Eloino Nacar y Alberto Colunga:

Génesis 1:...26 Dijo entonces Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella”. 27 Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; 28 y los bendijo Dios, diciéndoles: “Procread y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra”.

Génesis 2: 1 Así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo. 2 Y rematada en el día sexto toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; 3 y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había creado y hecho. 4 Este es el origen de los cielos y la tierra cuando fueron creados.

Al tiempo de hacer Yavé Dios la tierra y los cielos, 5 no había aún arbusto alguno en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, por no haber todavía llovido Yavé Dios sobre la tierra, ni haber todavía hombre que la labrase, 6 ni vapor acuoso que subiera de la tierra para regar toda la superficie cultivable. 7 Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado. 8 Plantó luego Yavé Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quien formara. 9 Hizo Yavé Dios brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos... 15 Tomó, pues, Yavé Dios al hombre, y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y guardase, 16 y le dio este mandato: “De todos los árboles del paraíso puedes comer, 17 pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. 18 Y se dijo Yavé Dios: “No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda proporcionada a él”. 19 Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. 20 Y dio el hombre nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo; pero entre todos ellos no había para el hombre ayuda semejante a él.

Está claro que la importante premisa de que el hombre es *el rey de la creación* se basa en los párrafos del Génesis 1.26, 1.27, 1.28 y 2.19. En ellos se repite

en dos ocasiones el mandato de “dominar sobre todas las cosas” que Dios le da al hombre, se insiste en la terrible responsabilidad de haber sido creado “a imagen y semejanza de Dios” y se le da al hombre la importante tarea de “nombrar” o “poner nombre” a todos los seres creados –y debo recordar que cuando utilizo la palabra “hombre” me refiero con exclusividad a esa mitad de la humanidad que tiene atributos sexuales masculinos–.

Es razonable pensar que en una sociedad patriarcalista y aristocrática como la hebrea, este doble mandato de “dominio sobre todo” fuera traducido al concepto *rey de la creación*. Lo que ya es más difícil es comprender la razón por la que ese concepto ha sido mantenido, sustentado y elevado a la categoría de paradigma por la civilización judeo-cristiana, recorriendo incólume dos milenios de revoluciones, algunas de ellas tan fuertes y tan profundas como la del evolucionismo. La explicación más razonable estriba en que en esta profunda y significativa educación monárquica totalitaria se basa todo un edificio: el de la individualidad humana –masculina–, pilar central del pensamiento occidental.

3. LA EXCEPCIONALIDAD DEL HOMBRE, LA ANIMALIDAD DEL “OTRO”

Voy a remontarme a los años 70 del siglo XIX. Por España atraviesan los aires revolucionarios de todo un sexenio y la obra de Darwin, “El origen del hombre” se ha traducido al castellano por Bartrina, en Barcelona, en 1870; sin embargo, la mayoría de los intelectuales interesados –y por entonces muy afrancesados– han conocido este texto a través de la traducción realizada en Francia por Clemencia Royer. Esta autora, que junto con la catalana fundadora de la Escuela Moderna, Clemencia Jacquinot, son las únicas mujeres que podemos citar en el contexto de la bibliografía sobre el evolucionismo hasta por lo menos 1980, mantuvo una interpretación exagerada y extrema del darwinismo, aplicándolo a la sociedad de una forma directa. El escándalo que provocaron sus palabras entre la intelectualidad española duró mucho tiempo, de forma que aún en 1903, en el tratado de Antropología de Pedro Díaz y Muñoz, se citan sus afirmaciones como ejemplo de la “locura” que ataca a todas aquellas personas que abrazan tales ideas:

“La ley de la selección natural aplicada a la Humanidad, enseña que han sido falsas hasta ahora todas nuestras leyes, todas nuestras instituciones políticas y civiles, y también la moral religiosa: El Cristianismo, protegiendo a los débiles, a los inválidos, a los incurables, por medio de la caridad, ha perjudicado a la sociedad, queriendo remediarla, porque contribuye a que se perpetúen

los enfermos, los endeblés, los raquíuticos” (p. 126-127).

Nuestro conservador primer prehistoriador, Villanova y Piera, expresa ya su disgusto ante la posibilidad de una descendencia simiesca para el hombre en su obra de 1872:

“Admitir la evolución... nos llevaría hasta el extremo incalificable de que el hombre reconociera al mono por ascendente” (p.23).

Y dos años antes se traduce al castellano la obra del francés Figuiet y el alemán Zimmermann sobre Origen del Hombre, en la que este disgusto se expresa también de forma categórica:

“Rechazamos energicamente semejante doctrina: para demostrar que el hombre no es sino un mono perfeccionado, un orangután o un gorilla, se... invocan analogías imaginarias que desaparecen ante una detenida observación... pues el hombre no es sólo una caja de huesos, y lo que forma al hombre es la inteligencia y la palabra, eso es lo que le convierte en el ser más acabado de la creación, en el ser privilegiado de Dios” (pp. 34 y 35).

Este lenguaje “de privilegio” o “de rey”, se repetirá en diferentes contextos durante estos años cruciales para la recepción del darwinismo en la sociedad española. Así, en 1873, Lucas García Martín, profesor de medicina, lee un discurso inaugural en la Universidad de Salamanca, en el que, para demostrar la imposibilidad de que el hombre proceda del mono, lo eleva de forma muy exagerada:

“La apostura del hombre es de mando y señorío; su dominio sobre todas las criaturas vivientes es innegable... nada puede confundirle, como algunos han pretendido, con los demás seres de la naturaleza” (p. 8).

“Yo creo que los brazos del hombre jamás sirvieron de apoyo a la mole de su cuerpo; ni sus manos hollaron la tierra, que hubieran perdido la delicadeza del tacto de cuyo sentido son el órgano principal” (p. 9).

García Martín se manifiesta con energía en contra de Linneo, en contra de Darwin y, por supuesto, en contra de Lamarck, del que incluye una larga cita cuya lectura nos acerca a la comprensión de la postura del médico conferenciante:

“De los monos procedieron los orangutanes, que son monos más perfectos, y aun entre estos los más perfectos, los que más se acercan a la figura del hombre fueron los orangutanes de Angola. Pues bien: dichos orangutanes, en tiempos allá muy remotos, perdieron la costumbre de encaramarse en los árboles por alguna de las causas imprevistas, de las cuales no se conserva ni puede conservarse memoria; al mismo tiempo dejaron de agarrar los objetos con las patas traseras y lo hicieron con las de delante. Esta circunstancia hizo que las unas patas tomaran una forma diferente de las otras, y como después dichos orangutanes dejaron de arrastrarse con sus cuatro patas, por consecuencia inmediata las patas delanteras que sólo servían ya para coger los objetos, se alargaron los dedos, haciéndose aptos para el caso, acortándose la palma de la mano, en cambio las patas trase-

ras que eran las que servían para pisar, se extendieron grandemente acortándose los dedos; y hé aquí que de esta manera pudieron estos animales tenerse derechos. Entonces, además, ya no cogían la comida con la boca, porque las manos se hallaban ya dispuestas para ello, y con las mismas riñeron y se defendieron unos contra otros, así como antes a imitación de otros animales, reñían y se peleaban con los colmillos. No teniendo ya que coger los objetos con el hocico, se acortó este y se convirtió en labios, y por consiguiente su cara adquirió una piel más suave y se hizo vertical. Marchando por este camino de la perfección, las formas fueron cada día más esbeltas y adecuadas, los gestos de la cara se convirtieron en sonrisas y expresiones agradables, y poco a poco sus ahullidos y gritos incoherentes se cambiaron en sonidos articulados; y de aquí procedió el lenguaje, y lentamente el orangután se halló convertido en hombre” (pp. 26-27).

García Martín se muestra horrorizado ante esta explicación, y utiliza contra Lamarck expresiones como ridículo, degradante, delirio de una fiebre o grosera falsedad. Para remarcar aún más las diferencias, nos presenta al mono como tonto, imitador, sin moral, sucio y repugnante (p.36) y a la teoría de Darwin como una leyenda fabulosa, una zoología quimérica, un desafío (p.38).

Esta tendencia la vamos a ver reproducida en textos universitarios, como la ya citada Antropología de Pedro Díaz y Muñoz (1903) que comienza elevando la categoría del hombre para luego compararlo con el mono:

“Un compuesto de alma y cuerpo racional... por su parte inferior el hombre se asemeja a los animales y por su parte superior se asemeja a los ángeles y es una imagen de Dios... tan extraordinario y sublime que no puede confundirse con los otros animales... su cuerpo derecho, su fisionomía majestuosa y expresiva, sus ojos elevados... su admirable fuerza y agilidad, la armonía y perfección de todos sus sentidos... (p. 111)... el antropoide no tiene un alma racional, ni religión ni moral, ni habla, escribe y lee, tiene 36 dientes y no 32 como el hombre, su mirada es apagada, imbecil, sin expresión...” (p.131).

En la inmensa mayoría de los textos de Religión que he podido consultar, sobre todo escolares, la superioridad del hombre se expresa a través de su nombramiento como *rey de la creación*, repetido hasta la saciedad, a veces sin comentarios añadidos; en otras ocasiones los autores –que no hay autoras– redondean el Génesis añadiendo comentarios destinados a resaltar la grandiosidad y excepcionalidad del hombre:

“Y el mismo día crió a su imagen y semejanza al hombre, formando su cuerpo de la tierra, con una organización mucho más perfecta que la de los demás animales, e infundiendo en este cuerpo un alma o espíritu que crió, de donde resultó un animal racional, el único en la tierra que puede conocer y amar a su Criador, y por esta razón la criatura más noble, más excelente de todas las obras que hizo el Señor en la tierra” (Díaz de Baeza 1889: 9-10).

“En el sexto día formó, después de todo lo criado, un ser llamado a figurar como Rey a la cabeza de todas las

criaturas, y a ser la imagen viva de la divinidad. Este ser privilegiado es el hombre” (Olmos Álvarez 1892: 173).

Y aunque este tipo de textos no desaparece al iniciarse el siglo XX, los discursos religiosos de excepcionalidad volverán a ser numerosos en la postguerra española:

“Formó el cuerpo de barro... le inspiró el soplo de vida, le dio un alma, y el corazón de Adán latió, respiraron sus pulmones y con su alma conoció a Dios y le adoró...aquí está el parecido del hombre con Dios” (Llorente 1941: 42).

Estas exageraciones destinadas a elevar la figura del hombre por encima de cualquier otra, en textos religiosos, no se limitan a los escolares, sino que aparecen también en obras de investigación. Por ejemplo, Nogar, en 1967, escribe un tratado sobre evolución y cristianismo y extrae del Génesis una larga lista de “verdades totalmente indiscutibles” entre las que destaca:

“El hombre, imagen de su Creador, está dotado de una naturaleza que le sitúa en un lugar aparte, elevándole por encima de los animales y haciéndole dueño del mundo que le rodea” (p.369).

En los textos sobre Historia Universal o incluso Historia de España, el relato del Génesis aparece hasta por lo menos la segunda década del siglo XX, como recurso para describir la aparición del ser humano sobre la tierra, de forma “científica”, sin tener que recurrir al evolucionismo. Por ejemplo:

“En último término formó al hombre a su imagen y semejanza, dotándolo de ser, de inteligencia, de amor y de libertad, y lo estableció como representante suyo para dominar a las demás criaturas, confiriéndole la investidura del sacerdocio a fin de que alabase al Creador” (Cantú 1907: 98).

Ya después de los años 20, y sobre todo en las obras universitarias de Historia Universal, deja de citarse el Génesis, pero tampoco, salvo excepciones, se citará ninguna otra explicación sobre el inicio de la humanidad. El tema se elude con cierta elegancia mediante la descripción “aséptica” de los fósiles hallados o de los yacimientos existentes, y este “truco” vamos a verlo prolongarse en el tiempo hasta el presente. Sin embargo, no resulta difícil hallar excepciones, sobre todo en los textos escolares, como éste:

“En cuanto al hombre, hecho de arcilla por las propias manos de Dios y a su imagen y semejanza, ha trocado la obscuridad de sus comienzos por la civilización y el progreso en un grado tal que, dominándolo todo, ha sabido situarse en el papel de rey de la creación, uno de los objetos para el que le fue dada la vida” (Torres 1946: 15).

Como indiqué antes, en muchos de estos discursos puede observarse cómo el objeto de la desvalorización es alguno de los hallazgos de fósiles humanos que pretenden colocarse como “antecesores”, lo que por su-

puesto probaría la evolución. Es en los años 20 cuando encontramos a un autor, Mariano Sánchez y Sánchez (1925) que en su discurso inaugural en la Universidad de Valladolid diserta sobre el origen del hombre y centra sus opiniones más negativas en el Neandertal:

“Un cerebro que no tenía la organización fina y delicada del hombre actual... su industria era rudimentaria ... se parece sólo a algunos salvajes de Australia... y aunque es contemporáneo del sapiens, uno y otro son ramas laterales nacidas del tronco del árbol genealógico de los Homínidos, con la diferencia de que este último ha desaparecido de Europa en el pliocénico superior” (pp. 36-37).

Lo curioso es que después de la guerra civil volveremos a encontrar este tipo de discurso denigrante del Neandertal, sobre todo en comparación con la fina belleza del *sapiens*. El récord es para Gómez Moreno (1958), al que el Neandertal le parece incluso una regresión respecto a restos como los de Mauer o Swanscombe:

“Con caracteres recesivos... rama lateral abortada... degeneración motivada por las malas condiciones de vida... se mantenía erguido, pero doblando algo las piernas; su talla, 1,60 m.; corto de brazos y cargado de espaldas; contextura robustísima, con grosor enorme óseo; su cráneo, mesocefálico, muy aplastado por delante, con visera superciliar corrida, nariz chata, boca prominente, dentadura enorme incrustada en poderosas mandíbulas, de gran prognatismo y sin barbilla ... vivió en cuevas, como ya sabemos. Allí yació, tal vez con visos de muerte soporífera, encamado en una concavidad del suelo sin nada que represente sepelio, como tampoco se ha visto rastro de hogares en las mismas cuevas, acreditando en definitiva que el hombre de Neandertal no sabía encender lumbre... ellos, hambrientos, desnudos y ateridos durante años y años, sin desplazarse por instinto, hasta morir...” (pp.38 y 42).

Bastantes años después, en unas fechas en las que ya parece casi imposible, podemos encontrar discursos de carácter universitario que se destinan a sembrar dudas sobre la posibilidad de la evolución por la razón de que el hombre es demasiado diferente y maravilloso para ser tratado como otro animal cualquiera (p.e. Brugger 1961: 17-20; Grassé 1977: 194).

Este recurso de aumentar las características positivas del hombre para recalcar tanto su estatus de *rey* como la imposibilidad de que proceda del mono, se perfecciona en libros de Ciencias Naturales, al menos hasta los años 30. Ya Salustiano Sotillo, en 1870, recoge en su obra “Curso de Historia natural para uso de los alumnos de segunda enseñanza”, una taxonomía, muy anterior a Darwin, que incluye un orden especial, el de “bimanos”, situado en un reino aparte, el “hominial”, para distinguir y aislar al hombre. Años más tarde, García Álvarez (1891), al final de su descripción y clasificación de los mamíferos, establece:

“Orden 13: Bimanos. Son unguiculados, con el sistema dentario completo, bipedestación y manos en las extremi-

dades torácicas. Este orden comprende solo el hombre...” (p.527).

Muchos años después, en 1913, Sánchez Morate, a base de preguntas y respuestas –como se escribían entonces muchos de los libros de texto escolares– nos recuerda que al orden de los bimanos,

“Solo pertenece el hombre, en cuya naturaleza existe una substancia activa, libre, inteligente y perfectible, que es el alma racional, que le hace superior a los demás animales y le aproxima a la Divinidad” (p.106).

Hasta los años 30 vamos a seguir encontrando este curioso y excepcional orden:

“El orden de los bimanos comprende una sola especie, que es el hombre, el cual se distingue por su posición vertical, por tener dos manos y poseer el don de la palabra... es en realidad superior a todos los animales y demás seres de la tierra, por haberle dotado Dios de un alma racional” (Coronas 1930: 78).

En los mismos textos escolares de Ciencias Naturales, a menudo lo único que se hace es presentar al hombre como excepcional, sin aludir al orden bimanos o a cualquier otro tipo de taxonomía especial. En todos estos textos es fácil ver cómo se extienden los sistemas de defensa frente al evolucionismo en unas décadas, los 20 y los 30, en las que en los textos universitarios y de investigación, sobre todo fuera de España, la evolución no se evitaba.

“El hombre es el ser más perfecto de la creación, puesto que es el único que reúne a las facultades de sentir, pensar y querer, el inapreciable don de expresar sus pensamientos por medio de la palabra. La organización general de su cuerpo, y la especial de sus pies, indican ostensiblemente que la posición que le es más propia es la vertical...” (Paluzie 1924: 66).

“El hombre es la criatura visible más perfecta que ha salido de la mano de Dios. Es un ser racional y libre, y además está dotado de un alma inmortal. El hombre por su organización pertenece al reino animal, y en cuanto racional es el rey de la creación visible, ser superior a todo lo que le rodea” (Bruño 1932: 72).

“Entre todos los animales, es el único ser dotado de razón y de alma espiritual e inmortal, por ser el único que cree en un Ser Supremo Creador del Universo y que posee la idea de la inmortalidad; el único también dotado de la palabra y de perfectibilidad y consiguientemente el único susceptible de civilización y progreso... debe considerarse como una locura negar el abismo insondable que separa al hombre de los irracionales más elevados” (Puig 1932: 416).

Es evidente que a lo largo de todos estos años se encuentran algunas excepciones; pero son sólo eso, excepciones. Mi mejor ejemplo es el evolucionista Manuel Antón y Ferrándiz, que en 1903 publica un manual de Antropología o Historia Natural del Hombre en el que habla de la influencia de la teoría de la evolución en los procesos científicos y que nombra, alabándolos, a autores fundamentales como Cuvier,

Boucher de Perthes, Lamarck, el propio Darwin, Huxley y Haeckel. Antón establece un puente de unión entre la religión y la ciencia al defender la idea de que el transformismo es “creacionista”, ya que no tiene más remedio que asumir la existencia de un poder que lo dirige. Pero está claro, por la bibliografía posterior, que su apoyo a la descripción que hace Haeckel del hombre primitivo, queda demasiado lejos de la idea que tiene la intelectualidad española del ya muy entronizado *rey de la creación*:

“Muy dolicocefalo, muy prognato; tenía el cabello lanoso, una piel negra o morena, el cuerpo revestido de un pelo más abundante que el de todas las razas humanas actuales, los brazos más largos y más robustos, las piernas más cortas y delgadas, sin pantorrillas; la estación semivertical y las rodillas en flexión” (p.285).

Como antes indiqué, a partir de 1970 se inicia la “etapa actual”, marcada por algunos sucesos que no hay más remedio que recordar para comprender los cambios producidos. La Ley General de Educación de 1970 es la primera norma española en la que aparece como obligatorio introducir el evolucionismo en los textos de sociales y de naturales. Eso significa que vamos a pasar casi de la nada, pues era raro encontrar textos escolares que hablaran en profundidad del tema evolucionista, al todo. Un todo copiado de textos franceses que reproducen sin titubeos el saber occidental sobre los orígenes humanos de la época: australopitecos en África, pitecántropos en Asia, neandertales en Europa... Claro está que toda esta terminología en apariencia sin reyes ni excepciones, apenas se refleja en los textos de religión. Por ejemplo:

“La aparición del hombre: el punto más alto de la escala de los seres creados es el hombre...” (Santillana 1971: 51).

Los 70 suponen también la instalación en España de la democracia y el inicio de una serie de políticas públicas que afectan a la situación de las mujeres. En ese contexto no es extraño encontrar por vez primera algún aviso sobre el “significado real” de la palabra “hombre” en el relato bíblico de la creación, o un “olvido” de la cantinela de la costilla para incidir más en el párrafo 1.27, aquel que dice “hombre y mujer los creó” y que hasta esta década apenas había sido nombrado o comentado en los textos escolares. Eso es lo que hace el texto escolar para 1º de bachillerato de “Religión”, de Santillana, 1978, insistiendo mucho en la igualdad que presentan ambos sexos en su dimensión de persona, aunque estén diferenciados en cuanto a función. Reproduzco, porque creo que tiene mucho interés, la explicación que presenta este libro escolar sobre el origen de la humanidad:

“Hace unos seiscientos mil años –según algunos, más– un nuevo fenómeno apareció sobre la tierra. Probablemente la aparición de la inteligencia no se produjo de

modo brusco, sino como un proceso evolutivo constante de comportamientos menos inteligentes a formas más inteligentes. Era un fenómeno tan nuevo y dinámico, que pronto iba a cambiar nuestro planeta. Ha comenzado una nueva fase de la historia del mundo, que llamamos noosfera para indicar que la tierra queda así dotada de una nueva envoltura, la envoltura del espíritu... en efecto, el hombre se convertiría en rey de la creación...” (p.87).

Durante los años 80 los textos escolares de religión continúan apoyando la idea de *rey de la creación* para el hombre (p.e. Edelvives 1985: 10; Cárceles 1986: 11), a pesar de que los movimientos ecologistas han conseguido ya conquistar una pequeña parcela de poder desde la que han esgrimido, al menos por lo que respecta a occidente, muchas y buenas razones para derrocar a ese rey que tan mal ha tratado a su propio reino. También en esta década es frecuente encontrar explicaciones sobre el pretendido “nuevo” significado de la palabra “hombre”, explicaciones que, como es lógico, resaltan el capítulo 1 del Génesis y tachan de un plumazo varios siglos de insistente costilla:

“Cuando hablamos así, en general, de la criatura “hombre” nos referimos conjuntamente al varón y a la mujer. Como hemos leído en el texto del Génesis (1,27) la Biblia no hace ninguna diferenciación. Dios ha querido que existiéramos como hombres y como mujeres. De este modo la pareja humana es “imagen de Dios”, porque el amor entre el hombre y la mujer, en la familia, refleja el misterio del amor que hay en Dios...” (Cortés y Martín 1989: 20).

Pero hay que llegar a los 90, sobre todo tras la publicación de la LOGSE ese mismo año, para que el rey pase a “ser humano” o para que el texto bíblico se utilice para resaltar la necesidad de considerar a todos los habitantes humanos del planeta como iguales en dignidad y derechos. Eso es lo que hacen Herrán y Asenjo, en 1999, aunque de paso se olvidan de cualquier corrección política en el lenguaje:

“En el libro del Génesis se leen estas palabras del señor en el momento de la creación: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (1,26). Esta es la dignidad del hombre. Todos los hombres hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios, y hemos sido llamados a ser hijos de Dios por la gracia divina. Esta dignidad es igual para todos los hombres, sea cualquier su edad, color de la piel, cultura o religión” (p.112).

Aunque no debemos ilusionarnos. A pesar de la LOGSE, de la aceptación y el “perdón” a Darwin incluso por parte del papa, de la labor de los grupos ecologistas, de la invasión del destructor postmodernismo y de los cientos de trabajos de las feministas, volveremos a encontrar dudas:

“La fe no se opone a la hipótesis de que el cuerpo del hombre y el de la mujer hayan aparecido en el mundo por evolución lenta de una especie animal (“barro de la tierra” según el relato de la Biblia), aunque esto no esté demostrado científicamente” (Herrán y Martínez 1996: 23).

Y también, cómo no, seguiremos encontrando un *rey de la creación* exclusivamente masculino:

“Dios dijo a Adán: todo lo que ves es tuyo. Pondrás nombre a los animales y mandarás sobre ellos” (Fernández et al. 1998: 13).

4. LAS MÁS MODERNAS DIFERENCIAS

En los textos universitarios y de divulgación sobre orígenes humanos o incluso sobre Historia general, y aunque desde luego con reticencias, el evolucionismo se va aceptando en la intelectualidad española –mucho menos desde luego que en la sociedad en general, que sólo ha empezado a creer en él cuando la han metido en Atapuerca–. Así, salvo excepciones como las que he señalado en el apartado anterior, en la mayoría de los textos posteriores a 1970, los discursos, o bien eluden el tema, o son evolucionistas, a veces incluso sin la inclusión de esa eterna duda de “no está definitivamente probado” que tanto se ha utilizado durante todo el siglo XX.

Sin embargo, incluso en estos textos evolucionistas aparecen varios campos del discurso en los que se acentúa mucho –y se exagera, como es lógico– la diferencia existente entre el ser humano –normalmente “el hombre”– y el resto de los organismos. Desde el bipedismo a todos los temas que enumeré al principio, el análisis de estos campos lingüísticos nos está demostrando el trabajo que cuesta dejar de ser *reyes de la creación* y pasar a considerarnos una casualidad más de la naturaleza, tan “perfectos” o “evolucionados” como una araña o un canguro.

De todos esos campos voy a referirme en este artículo a dos de los que, en mi opinión, más se han utilizado –y empleo “utilizar” en su más amplio significado– para establecer diferencias radicales –¿tal vez sólo superables para un ser supremo?– entre los humanos y el resto de los primates: la existencia del lenguaje es la primera; la segunda es la pretendida larga duración del tramo de tiempo que nos separa de un antecesor común a homínidos y a póngidos. El lenguaje, como tantos otros temas evolutivos humanos, es un campo minado. Para empezar, recordemos que todos los mamíferos se comunican entre sí, por no hablar del resto de los animales y tal vez de los vegetales. Tradicionalmente, no nos hemos ocupado de forma científica en comprender qué significa el *muu* de una vaca o el *bee* de un cordero, tal vez porque no nos ha importado en absoluto. Sólo en décadas muy recientes, la etología se ha desarrollado lo suficiente como para empezar a interesarse por estos temas, sobre todo en lo que respecta a los primates –sobre todo el chimpancé–.

Otra cuestión importante es que el lenguaje humano no deja registro fósil. Muchas de las actividades

sociales que atribuimos a los primeros grupos humanos, como recolectar plantas comestibles o aprovechar restos de animales, o incluso perseguirlos o darles alcance, parecen exigir para su puesta en escena algún tipo de comunicación, aunque sólo fueran signos o gruñidos. También en las últimas décadas, la investigación antropológica se ha centrado en el análisis de los moldes endocraneales, que nos indican la organización cerebral externa, y en la reconstrucción del aparato fonador a partir del estudio de la morfología de la base del cráneo y la posición del hueso hioides (Domínguez 1997: 192).

Pero la dificultad de llegar a conclusiones más o menos firmes utilizando estas premisas y sobre fósiles no siempre bien conservados, es evidente. Así las cosas, la existencia o no de un lenguaje articulado y complejo como el nuestro, mucho más que un objeto de estudio científico, se ha manejado a lo largo de estos 130 años de historia como un asunto de fe –o de esperanza, la de ser muy diferentes–.

El único autor que he podido conocer que imagina la existencia de un ser distinguido como *Homo* pero sin lenguaje, es el virulento Haeckel con su virtual *Homo alalus*; para todo el resto de autores –ninguna autora hasta los 80– *Homo* y “lenguaje articulado” parecen ser sinónimos o comportarse como tales.

Así vemos cómo, desde nuestros primeros años en estudio, ese lenguaje se expresa como una de las características propias del ser humano, sea lo antiguo que sea y esté donde esté en la escala evolutiva:

“El hombre es un animal desnudo, con dos manos y dos pies, que camina en situación erguida, que es capaz de raciocinar, de un lenguaje articulado y que es susceptible de civilización” (García Martín 1873: 8).

“El hombre forma un grupo aparte dentro del orden de los primates, caracterizado por la razón, el lenguaje articulado, la estación vertical, la presencia de manos y pies...” (Cesáreo Martínez 1887: s.n).

Este tipo de discurso se repite a lo largo de las décadas, sin que se aporten, ni siquiera en los textos universitarios más científicos, pruebas para ello. Algo parecido ocurre con la cronología del evento. A veces es el Neandertal el primero en ser iluminado con la posesión del lenguaje articulado, y con mucha más frecuencia son los homínidos anteriores a los *sapiens* los que ya se supone que lo tienen. Por ejemplo Flenley y Weech, en su “Historia del Mundo” de 1945, dicen:

“Esqueletos encontrados en Java, Palestina, Pekin, Heidelberg y Piltdown parecen mostrar que ciertos seres semejantes a los humanos pudieron haber iniciado su lucha por la existencia hace cosa de medio millón de años. Pero debían poseer pocas esperanzas de sobrevivir, y mucho menos de triunfar, en su dura lucha contra las fuerzas hostiles de la naturaleza... tenía dos grandes ventajas físicas: sus manos y su lengua...” (p.1).

Pocos años después, en 1951, Vicens Vives, en

“Mil lecciones de Historia” utiliza el lenguaje como una de las pruebas de la diferencia del ser humano y el resto de los seres:

“A pesar de esta existencia casi animal, el “hálito divino” continuaba distinguiéndole de los demás seres de la Creación y le inducía a realizar dos conquistas trascendentales: el lenguaje, fuente de enriquecimiento espiritual, y el útil, raíz de su ulterior potencialidad técnica... entre las formas animales y las humanas está el enorme abismo que significa la posesión de la conciencia” (p.3).

En la misma década se traduce la obra de Perrier “La Tierra antes de la Historia, los orígenes de la vida y del hombre” (1955), en la que usa un lenguaje “de rey” para separar a los humanos del resto de los organismos:

“A la necesidad de saber, de ver más alto y a mayor distancia, se debe la posición vertical perfecta de la cual estamos orgullosos, que nos incitó a usar de nuestras manos... impulsó la evolución de nuestro cerebro, dio a nuestra cara el aspecto digno y noble que tiene y preparó nuestros labios para el lenguaje y la sonrisa” (p. 374-5).

Durante los años 60 la situación continúa igual:

“Las características que diferencian a la especie humana de las más parecidas a ella, es decir, de los monos antropomorfos: marcha vertical, acortamiento de brazos, pies no prensiles, cerebro, poseer lenguaje articulado... y todo ello es el resultado de poseer un alma inteligente y libre que hace del hombre un ser excepcional...” (Le-gorburu y Barrutia 1960).

En la década siguiente se conocen ya los resultados de los estudios de etología primate llevados a cabo tanto en laboratorio como en libertad por equipos sobre todo norteamericanos. Tal vez con esa influencia, la facultad del lenguaje parece ampliarse a los pitecantropos, de los que Lewis, en 1977, dice:

“Notable precursor del hombre actual: un gran mono erecto, con poco pelo corporal, que vive en tierra y que tiene una abultada cabeza y un gran cerebro, sin hocico, con dientes más bien débiles, olfato reducido, vista excelente, una notable destreza y que posee la facultad del lenguaje” (p. 14).

En los 80 comienzan a aparecer textos, sobre todo universitarios, en los que se profundiza mucho en el tema del lenguaje, casi siempre colocado como carácter definidor del género Homo. Así lo hace la Historia Natural de Carroggio, de 1980, o la obra de Faustino Córdón de 1982. Tal vez por influencia de estos textos, podemos ver también un cambio en los escolares, de los que es un buen ejemplo el de Mulas *et al.* 1985:

“En la hominización se suponen las siguientes fases: bipedestación, disminución del prognatismo y de la dentición, las manos sustituyeron en muchas funciones a la boca, aumento de la capacidad craneana, primero mediante el abombamiento del occipital, luego de los parietales y luego mediante el crecimiento frontal. Adquisición, sólo en el caso del hombre, de la racionalidad.

Esta característica, que es extrínseca al proceso evolutivo, permitió que su comportamiento no fuera meramente instintivo, sino supeditado a la razón. Una consecuencia de ello fue la elaboración de un lenguaje que permitió la transmisión de ideas entre congéneres y entre padres e hijos...” (p.214).

Para el anónimo autor o autora de la “Crónica de la Humanidad” de Plaza Janés de 1987, es posible que *Homo erectus* empleara algún tipo de lenguaje gestual. Del Neandertal dice que debía tener ya alguna comunicación lingüística, pero el lenguaje desarrollado lo deja para el Cromañón (pp. 12 y 14).

Aunque obras de los 80, como la de Jesús Azcona (1982) nos introducen en las dificultades del conocimiento de las huellas de la existencia de lenguaje articulado en los restos fósiles de homínidos, en nuestro país sólo ha comenzado a hablarse con detalle de este tema en los 90, con las obras de Domínguez-Rodrigo (1994 y 1997) y con los libros del equipo de Atapuerca, equipo que está bastante convencido de que un detallado y sofisticado análisis de la morfología de la base de los cráneos, permitirá concluir con cierta certeza la existencia de lenguaje articulado en *Homo antecesor* (ver, p.e. Carbonell y Bermúdez de Castro 1996).

Con independencia del enorme interés que pueda llegar a tener para la investigación el descubrimiento de sistemas de contrastación científica para las hipótesis sobre la existencia o no de lenguajes articulados complejos, en mi opinión se ha venido sobrevalorando esta capacidad de comunicación nuestra dándole además un tratamiento circular cerrado que no plantea demasiado futuro: somos los únicos seres con lenguaje complejo porque el único lenguaje complejo que conocemos y entendemos es el nuestro. Salir del fanal de la observación del propio ombligo podría servirnos para comprender mejor a esa multitud lejana y distante de seres –los otros, sean animales o vegetales– que aún nos quedan alrededor, y sin los que no podremos sobrevivir.

La otra manifestación “moderna” de las distancias entre humanos y no humanos a la que quiero referirme, constituye uno de los trucos más utilizados por la parte conciliadora de la Academia, para apaciguar los ánimos antropocentristas de la cultura occidental: el de presentar como algo muy lejano, el momento en el que dejamos de tener todos los primates un antecesor común. De hecho, ha sido hasta hace poco una respuesta aceptable a nuestra ancestral pitecofobia: procedemos del mono, sí, pero no de un mono como los vivientes, sino de un semimono lejanísimo que también fue abuelo de los otros primates. Nuestro padre es un humano, nuestro abuelo también, y tal vez nuestro bisabuelo sea un australopiteco, no tan animal como a veces se dice, situado ya en la brillante línea de la humanidad; sólo mucho antes existió un primate que fue antecesor común de ambas ramas.

Con esa idea se dibujó, en los años 40, la célebre Y griega de Hurzeler, en cuyo arranque no se coloca un primate, sino un eslabón perdido, una interrogación que tranquiliza las conciencias, que abre perspectivas y posibilidades. Los fósiles más lejanos en el tiempo se iban situando en una u otra rama de la Y, cuyos extremos distales se dibujaban muy separados y cuya cifra de años para el inicio de la separación cambiaba bastante con el tiempo. A finales de los 70, la mayoría de los especialistas había sustituido la separación inicial establecida en 40 m.a. por otra bastante menos exagerada, la de 14-15 m.a., fecha en la que restos como los de *Ramapithecus* y *Sivapithecus* se convertían en candidatos seguros al puesto de últimos antecesores comunes.

La idea, como casi todas las que tienen que ver con los orígenes humanos, es de Darwin. Él dijo una y otra vez, ante un público que no deseaba en absoluto comprenderlo ni creerlo, que antes del hombre hubo un ser semimono que poco a poco, mediante la selección, se fue convirtiendo en humano, pero que toda esta selección sexual humana se había llevado a cabo en época remotísima, y que eso era lo que explicaba que cuando encontramos a las “razas”, las veamos ya formadas de maneras tan distintas.

Antes de que en España se comenzara a hablar o a escribir sobre esta remota bifurcación, era necesario que comenzara a hablarse y a escribirse aceptando la evolución darwiniana, y eso, como antes expliqué, no ocurre hasta entrada la segunda mitad del siglo XX.

Las excepciones, como de costumbre, vienen dadas por obras extranjeras que entran en nuestro país por los caminos de las editoriales sudamericanas como el Fondo de Cultura Económica de México, en donde se publica la obra de A.L. Kroeber “Antropología General”, en 1945. Es el primer texto de los analizados en el que aparece la Y griega de Hurzeler como aceptable; con su representación y su defensa, consigue desde luego tranquilizar conciencias sacudidas, ya que queda claro que antes del ser humano, como su antecesor, no se coloca mono alguno, sino seres casi humanos o, como mucho, eslabones perdidos.

En 1948 la misma editora mexicana introduce en España la obra de Ralph Turner “Las grandes culturas de la humanidad” en la que se da por asentada y supuesta la evolución y el estrecho vínculo del ser humano con sus parientes más cercanos. Sin embargo, queda bien resaltado que:

“No descendemos de ningún tipo de simio o de mono de los que ahora existen; estamos emparentados con ellos tan sólo porque tanto ellos como nosotros descendemos de un primate perteneciente al periodo eoceno de la era cenozoica, o sea, a la primera etapa de los tiempos geológicos recientes” (pp. 16 y 17).

En la misma línea, en 1950 se publica en Espasa Calpe la obra “El despertar de la humanidad. Las cul-

turas de los tiempos primitivos, Asia oriental y Oriente mediterráneo” (Freyer *et al.* 1950), en versión española de Manuel García Morente y bajo la autoría de un grupo de profesores alemanes de los que Franz Weidenreich es el responsable del capítulo sobre evolución humana. Con una visión muy lamarckista, este autor clasifica a los primates y luego añade:

“Esta división y clasificación no dice, por de pronto, nada más sino que el hombre, por su estructura y su evolución ontogénica, muestra mayor coincidencia con estos tipos de primates que con las demás formas de la fauna terrestre y, por tanto, debe estar en mayor afinidad y proximidad de ellos. Esta clasificación no quiere decir, por tanto, que el gorila o el chimpancé o cualquier otro mono, sea el antepasado directo del hombre actual, pues el gorila y el chimpancé son, a su vez, miembros terminales de propias series evolutivas; la clasificación no es sino la expresión más sencilla y acertada de la idea, ya contenida en la hipótesis evolutiva, de que el tronco de la Humanidad arranca en algún punto y lugar del pasado, de la línea de los primates. La forma de este retoño, cuanto más se acerca al tronco principal, se irá alejando en su forma particular cada vez más del tipo humano actual e irá ostentando en igual proporción cada vez más los rasgos generales simios del tronco primitivo de los primates” (p.104).

Como resulta comprensible, cuando en los textos escolares españoles se introduce algo sobre evolución humana, es decir, en los años 70, esta tranquilizadora idea se recoge con facilidad. Como ejemplo, podemos hablar de las Ciencias Naturales para 5º curso de bachillerato, de Salustio Alvarado, 1970, en su 10ª edición. En la p. 151 nos presenta a la familia *Hominoidea* y uno de ellos, hipotético, de mediados de la Era Terciaria, se coloca como antepasado común de Póngidos y de Homínidos, siendo por tanto el parentesco entre el hombre y los monos antropomorfos actuales, un parentesco indirecto, por intermedio de ese supuesto remoto “tatarabuelo” común. En un afán por hacer humanos a todos los fósiles colocados en la línea de los Homínidos, dice que los Australopitecos se han encontrado en África del Norte y en la isla de Java, que sus rasgos humanos son tan manifiestos que algunos antropólogos lo consideran como perteneciente ya al género *Homo*, que al parecer era bípedo y que quizás fabricaba utensilios de hueso.

En el ambiente universitario, el primer manual que acepta este tipo de representación –ideal y gráfica– es la “Prehistoria de Europa” de Pedro Bosch Gimpera, publicada en 1975:

*“Todos los indicios que los naturalistas han estudiado en las especies vivientes y en los restos fósiles de primates superiores, llevan a concluir que el animal humano salió de la evolución divergente que arranca de mucho más lejos en el tronco de los Antropoidea y que hay que buscar sus principios remotos en el *Dryopithecus* y más directamente en la familia de los Homínidos...” (p.23).*

Estamos ya en las décadas de la revolución bioquímica; los trabajos norteamericanos han sido publicados en las principales revistas, incluso en algunas españolas como el artículo de Washburn, escrito en 1978 pero publicado en castellano en 1988 en el que divulga sus conclusiones sobre las distancias inmunológicas entre Póngidos y Homínidos. La Academia española ya ha tenido oportunidad, por lo tanto, de estar al corriente de la “revolución” que produjo este tipo de estudios, concretada en el acercamiento bioquímico y genético casi increíble entre todos los antropomorfos, incluido por supuesto el ser humano. Ese acercamiento, traducido a años, establecía que el momento de la separación entre chimpancés y humanos no podía ir más allá de 6/8 m.a.

Resulta curioso comprobar qué escaso eco tuvo esta revolución –que hoy es un dato científico aceptado, y lo es desde hace bastantes años– en los textos españoles, tanto escolares como académicos como de divulgación. En 1982 Grijalbo publica “Una historia del mundo”, de Hugh Thomas; cuando llega al tema que nos ocupa, su opinión es tajante:

“Aproximadamente treinta millones de años antes de Cristo, apareció un animal que se cree el común antepasado del hombre y el mono actual” (p. 21).

En 1983, “La Prehistoria” de Marliac y Marliac se pregunta “¿Desciende el hombre del mono?” Y, claro, se responde:

“No. Somos parte del mismo orden zoológico: los primates, pero no de la misma familia. Tenemos posiblemente con el mono un antepasado común, aún desconocido en la actualidad, hacia la mitad del Terciario. Somos primos lejanos” (p.12).

Al año siguiente (1984) se publica en castellano “El libro de la Edad de la Piedra”, de Pierre Honoré, sobre un original nada menos que de 1967; no es de extrañar que incluya, en su p. 61, una Y griega larga y perfecta con 35 m.a. en su arranque.

En el libro de Colin Patterson “Evolución. La Teoría de Darwin hoy” (1985) la pitecofobia sigue expresándose con la defensa de una fecha de separación muy alta, al menos de 15 m.a. Dice que la fecha propuesta por el reloj bioquímico –al que denomina inexacto y grosero–, de entre 1 y 5 m.a., es un disparate. Incluso se pregunta dónde puede estar el error de la bioquímica y plantea varias explicaciones posibles: que el hombre y los póngidos hayan evolucionado con más lentitud que los otros mamíferos, que los marcadores genéticos utilizados para estimar la diferencia entre hombre y chimpancé sean una muestra desviada, o que la diferenciación entre hombre y chimpancé haya entrañado pocos cambios en las proteínas (p. 174). Al final, lo que destaca como importante es la diferencia cromosómica, 46 para los humanos y 48 para los póngidos.

“Estas diferencias cromosómicas son suficientes, espe-

ro, para frustrar a quienquiera que sea tan intrépido (o insensato) para perseverar en pos del experimento último, el intento de hibridar ambas especies” (p.175).

Otro gran autor, Arnold J. Toynbee, es también traducido al castellano, en Argentina, en esa fecha. Se trata de su obra “La gran aventura de la Humanidad” (1985), en la que puede leerse:

“... si aceptamos que el hombre es tan antiguo como la época en la que, para sobrevivir, a nuestros antecesores no les quedó más remedio que convertirse en humanos, puede estimarse que el hombre tuvo su origen, como una forma distintiva de vida, en el periodo mioceno o hasta posiblemente en la fase última del periodo oligoceno; de acuerdo con este cálculo el hombre existiría, pues, desde hace alrededor de veinte a veinticinco millones de años” (p.32).

En la popular serie de Historia/16, editada a finales de los 80, el número 3 de Historias del Viejo Mundo se denomina “El paleolítico” y está firmado por Alfonso Moure (1988). Asume que “La evolución ya no sorprende a casi nadie” (p.18), pero coloca la línea de separación entre póngidos y homínidos en 25 millones de años, como si no se hubiera enterado de toda la diatriba al respecto.

En este contexto, no nos puede extrañar que los textos escolares oficiales mantengan actitudes poco claras y eviten referencias cronológicas. Así ocurre en el libro de Ciencias Naturales para 1º de BUP, de Mulas *et al.* (1985). Afirma en su p.214:

“No se puede pensar que el hombre descende del mono, sino que ambos tuvieron un antecesor común, del cual surgieron dos líneas: una que se adaptó a la vida arborícola y dio lugar a los grandes monos, y otra que dio lugar a los homínidos”.

Esta insistente Y griega larga la volveremos a encontrar, aunque de forma excepcional, en los textos de divulgación de la década de los 90. Así en la obra titulada “De la nada al hombre. Una historia de nuestro origen”, editada por Carlos Seoane en 1991 en la Diputación de Ciudad Real. Reúne cinco conferencias sobre la Evolución, de las que la única dedicada a la humanidad se titula “Origen del Hombre: Evolución del ser más complejo” y está firmada por José Carro, profesor de medicina de la Universidad de Santiago de Compostela. Establece que:

“En un momento todavía impreciso aparece la rama Hominidea (sic) configurada por un conjunto sucesivo de formas evolutivas precursoras del hombre... es posible adscribir a este grupo al Ramapithecus de hace 14-12 millones de años” (p. 112).

5. REFLEXIONES FINALES

Espero que este pequeño paseo por algo más de un siglo de textos escolares, universitarios y de divulgación

gación en los que se habla de los orígenes humanos, haya servido para demostrar al público lector que este discurso —como todos los discursos históricos, por otra parte— podrá tener más o menos apoyo científico, más o menos fe o más o menos erudición; pero lo que no tiene en absoluto es inocencia. A los seres humanos, sobre todo a los varones blancos occidentales, les molesta mucho ser arrojados al montón de detritus donde viven los escarabajos, los hongos y tantos otros organismos. Les molestó en 1870, cuando a un apacible inglés llamado Darwin se le ocurrió colocarnos a los humanos tan cerca de los monos, y les molesta ahora, a principios del tercer milenio, porque se les ha repetido de forma machacona en la educación primaria judeo-cristiana que el hombre es rey y tiene el dominio sobre todo, o debe tenerlo.

Muchos de los capítulos más oscuros y más duros de nuestra historia como seres sociales, capítulos que incluyen actitudes colonialistas, racistas, antiecológicas y sexistas, se han escrito con la tinta destilada por este mandato divino de dominio. Como dicen Andrews y Stringer (1993: 222):

“Nuestra propia inmersión en el sujeto de estudio, como observadores y observados a la vez, hace difícil conseguir la objetividad. Si nos incomoda el estrecho parentesco existente entre la humanidad y los simios o los antropoides, podemos sentirnos tentados de atenuar este vínculo desplazando el origen humano hacia tiempos más remotos” (p.222).

Mirando al futuro, es evidente la necesidad de atenuar estos deseos de dominio y sustituirlos por equilibrio, multiculturalidad, respeto social e igualdad. Los discursos sobre los orígenes humanos, que tanta importancia han demostrado tener en la formación de las bases ideológicas de las sociedades humanas, deberán cambiar de forma radical en su fondo y en su forma, sobre todo los de carácter religioso. Los dos mil años de *rey de la creación, hombre maravilloso y superior con dominio sobre todo*, nos han dejado una herencia de destrucción y de violencia de la que hemos de salir si queremos sobrevivir. Ojalá mis palabras puedan servir, al menos, para que el público lector piense en ello.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, S. (1970): *Ciencias Naturales para 5º curso de bachillerato* (Plan 1957). 10ª ed. Madrid.
- ANDREWS, P.; STRINGER, CH. (1993): El progreso de los primates. *El libro de la vida*, Ed. Gould: 219-251.
- ANTÓN Y FERRÁNDIZ, M. (1903): *Antropología o Historia Natural del Hombre, tomo primero: Antropotecnia, Etnogénesis y Etnología, ilustrada con numerosos grabados rigurosamente científicos*. Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.
- ARNALDICH O.F.M., L. (1957): *El origen del mundo y del hombre según la Biblia*. Ediciones Rialp, Madrid.
- AZCONA, J. 1982: *Antropología biosocial. Darwin y las bases modernas del comportamiento*. Anthropos, Cuadernos 1, Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1975): *Prehistoria de Europa. Las raíces prehistóricas de las culturas de Europa*. Ediciones Itsmo, Colección Colegio Universitario 5, Madrid.
- BRUGGER S.I., W. (1953): *Diccionario de Filosofía*. Editorial Herder, Barcelona.
- BRUÑO, G.M. (1928): *Compendio del curso elemental de Historia Natural e Higiene*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret, París-México.
- BRUÑO, G.M. (1932): *Ciencias Físicas y Naturales*. 2º grado. Editorial y Procuraduría de G.M. Bruño, Madrid.
- CANTÚ, C. (1907): *Historia Universal*, traducida y continuada hasta nuestros días por Joaquín Gracia-Bravo. Tomo I. Gassó Hermandos ed., Barcelona.
- CARBONELL, E.; BERMÚDEZ DE CASTRO, J.Mª (1996): Es falso que la cultura sea algo propio del hombre moderno. *Periódico El Norte de Castilla*, Lunes, o de julio de 1996; sección Cultura y espectáculos.
- CÁRCELES, M.A. (1986): *Historia Bíblica*. 11ª edición. Ed. Palabra.
- CARROGGIO (1980): *Historia Natural*. Tomo 4: Ecología y Evolución. S.A. de Ediciones, Barcelona.
- CORDÓN, F. (1982): *Biología evolucionista y la dialéctica*. Ed. Ayuso, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid.
- CORONAS, D. (1930): *Nociones de Física, Química e Historia Natural, al alcance de los niños*. 3ª ed. Editores Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, Barcelona.
- CORTÉS, J.; MARTÍN, M. (1989): *El Espíritu del Señor. Religión Católica, 6º EGB*. Ediciones SM, Madrid.
- DÍAZ DE BAEZA, J. (1889): *Programa de Religión y Moral*. 4ª ed., Librería de la Viuda de Hernando y Cía, Madrid.
- DÍAZ Y MUÑOZ, P. (1903): *Antropología, Higiene escolar y Pedagogía*. 2ª ed., Est. Tipo y Lib. de Francisco Núñez, Salamanca
- DOMÍNGUEZ RODRIGO, M. (1994): *El origen del comportamiento humano*. Hablar del Tiempo, 1. Librería Tipo.
- DOMÍNGUEZ RODRIGO, M. (1997): *El primate excepcional. El origen de la conducta humana*. Ariel.
- EDELVIVES (1985): *Religión y moral católica de 2º de EGB*. Editorial Edelvives, Serie escolar Delfín.
- FERNÁNDEZ, A.; SILLÓNIZ, A.; SERRANO, J.L. (1998): *Religión 1 para primer curso de Educación Primaria*. Ed. Santillana, Madrid.

- FERNÁNDEZ, A.; HERRÁN, P. DE LA (1996): *Resumen de la Fe Cristiana*. Material auxiliar para ESO, BUP y FP. Edit. Casals, Barcelona.
- FIGUIER, MM.L.; ZIMMERMANN, W.-F.-A. (1870): *El mundo antes de la creación del hombre. Origen del hombre, problemas y maravillas de la naturaleza*. Obras escritas en francés y alemán, traducidas de las últimas ediciones por D. Enrique Leopoldo de Verneuil. Montaner y Simón Editores, Barcelona.
- FLENLEY, R.; WEECH, W.N. (1945): *Historia del mundo, el desarrollo de la civilización occidental. Tomo 1: De los principios de la civilización a fines de la Edad Media*. Iberia-Joaquín Gil editores, Barcelona.
- FREYER, H. ET AL. (1950): *El despertar de la humanidad. Las culturas de los tiempos primitivos, Asia oriental y Oriente mediterráneo*. Versión española de Manuel García Morente, Tomo I. Espasa Calpe, Madrid.
- GARCÍA ÁLVAREZ, R. (1891): *Elementos de Historia Natural*. Granada, Imprenta de Indalecio Ventura.
- GARCÍA MARTÍN, L. (1873): *Origen y naturaleza del hombre*. Discurso leído en la Universidad literaria de Salamanca, en la solemne apertura del curso de 1873 a 1874. Impr. de D. Sebastián Cerezo, Salamanca.
- GLICK, T.F. (1982): *Darwin en España* (introd. y trad. de José M. López Piñero). Ediciones Península, Barcelona.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1958): *Adam y la Prehistoria... discurre sobre la Historia primitiva del hombre*. Editorial Tecnos, Madrid.
- GRASSE, P.P. (1977): *El Hombre, ese dios en miniatura*. Versión española de Isabel Villena de Cruz. H. Blume ediciones, Madrid.
- HERRÁN, P. DE LA; PETIT, A. (1994): *Mi primera confesión y mi primera comunión. Con fórmulas de los nuevos catecismos*. Edit. Magisterio Español, Madrid.
- HERRÁN, P. DE LA; MARTÍNEZ, J. (1996): *Religión Católica*. ESO 1. Ed. Casals, Barcelona.
- HERRÁN, P. DE LA; ASENJO, E. (1999): *Luz y Vida*, Magisterio Casals, segundo ciclo de primaria (4º). Religión y moral católica. Editorial Magisterio y Casals, Barcelona.
- HONORÉ, P. (1984) (orig. de 1967): *El Libro de la Edad de la Piedra*. Ed. Destino.
- KROEBER, A.L. (1945): *Antropología General*. Versión española de Javier Romero. Fondo de Cultura Económica, México.
- LEGORBURU IGARTUA, P.; BARRUTIA LARRAÑAGA, G. (1960): *Ciencias Naturales*. Bachillerato superior, 5º año. Ediciones S.M., Madrid.
- LEWIS, J. (1977) (1ª en español de 1969): *Antropología simplificada*. Una publicación Minerva-Doubleday. Compañía General de Ediciones, México D.F.
- LLORENTE, D. (1941): *Catecismo explicado con gráficos y ejemplos*. 6ª ed., Imprenta y Librería Casa Martín, Valladolid.
- MARLIAC, M.; MARLIAC, A. (1983): *La Prehistoria*. Everest.
- MARTÍNEZ Y AGUIRRE, C. (1887): *Nuevos elementos de Historia Natural*. Tipografía de M. Cerban, Málaga
- MOURE, A. (1988): *El hombre Paleolítico*. Historias del Viejo Mundo 3, Historia/16, Madrid.
- MULAS, J. ET AL. (1985): *Ciencias Naturales*, BUP 1. Santillana, Madrid.
- NOGAR, R.J. (1967): *La evolución y la filosofía cristiana*. Ed. Herder, Barcelona.
- NÚÑEZ, D. (1996): La Religión y la Ciencia. Historia de las controversias entre ambas. *Mundo Científico*, 166, marzo: 247-256.
- OLMOS ÁLVAREZ, M. (1892): *Lecciones de Doctrina Cristiana. Historia sagrada, Religión y Moral, obra escrita en conformidad con los programas correspondientes a los cursos de primero, segundo y tercer año de la Normal Superior de Maestras de Valladolid*. 2ª ed. Imprenta Librería Heliografía y Taller de grabados de Luis N. de Gaviria, Valladolid.
- PALUZÍE, F. (1924): *La Historia Natural explicada a los niños, según las clasificaciones de Cuvier, De-Candolle y Delafosse*. Nueva edición corregida y aumentada por Manuel de Chía. Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, Barcelona.
- PATTERSON, C. (1985): *Evolución. La Teoría de Darwin hoy*. Ed. Fontalba, colección Ciencias, Barcelona.
- PERRIER, E. (1955) (reimpresión de 1961): *La Tierra antes de la Historia. Los orígenes de la vida y del hombre*. Con un apéndice de Jean Piveteau, prof. de la Sorbona, trad. al castellano del Dr. Pedro Bosch Gimpera. Unión Tipográfica editorial Hispano Americana, México.
- PLAZA JANÉS (ed.) (1987): *Crónica de la Humanidad*. Tomo I.
- PUIG, I. (1932): *Historia Natural*, Gustavo Gili Ed., Barcelona.
- QUEROL, M^aA. (2001): *Adán y Darwin*. Ed. Síntesis, Madrid.
- SÁNCHEZ-MORATE Y MARTÍNEZ, J.F. (1913): *Nociones generales de Historia Natural acomodadas a las necesidades más comunes de la vida*. Sexta edición, corregida y notablemente aumentada. Librería de los sucesores de Herando, Madrid.
- SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ, M. (1925): *Discurso leído en la Universidad de Valladolid en la solemne inauguración del curso académico de 1925 a 1926 por el Doctor...*, Catedrático de la Facultad de Medicina. Talleres tipográficos Cuesta, Valladolid.
- SANTILLANA (1971): *Ofrenda*. Texto de Religión para 5º curso de primaria.
- SANTILLANA (1978): *Religión*. 1º de bachillerato.
- SEOANE, C. (ed. y coord.) (1991): *De la nada al hombre. Una historia de nuestro origen*. Diputación de Ciudad Real, Área de Cultura, Biblioteca de Autores y Temas Manchegos.
- SOTILLO, S. (1870): *Curso de Historia Natural para uso de los alumnos de segunda enseñanza*. Imprenta de José Domenech.
- THOMAS, H. (1982): *Una historia del mundo*. Ediciones Grijalbo, Barcelona.
- TOYNBEE, A.J. (1985): *La gran aventura de la humanidad*. Emecé editores, Argentina (original inglés de 1976).
- TORRES, F. (1946): *La Historia del Mundo contada a los niños*. Colección escolar Salvatella.
- TURNER, R. (1948): *Las grandes culturas de la humanidad*. Fondo de Cultura Económica, México Buenos Aires.
- VICENS VIVES, J. (1951): *Mil lecciones de la Historia, los grandes temas de la política y de la cultura universal*. Tomo 1º: tiempos antiguos y medios. Publicaciones del Instituto Gallach de librería y ediciones, Barcelona.
- WASHBURN, S.L. (1988): La Evolución de la especie humana. *Paleontología Humana* (E. Aguirre, ed.), Libros de Investigación y Ciencia: 100-109.